

Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo Couve

Narrativa Completa



EL TREN DE CUERDA

Para Camila

PRIMERA PARTE
LA CASA DE AZUELOS

1.

Cuando el almirante en retiro Federico Azuelos, quien en compañía de su esposa, Rosarito, tomaba el sol en el balcón aquella mañana, divisó a Pavel, su chofer, que cruzaba la verja y se dirigía hacia la casa, buscó entre los diarios sus binoculares y apoyándolos en la baranda, lo enfocó atentamente:

— Es Pavel que regresa del correo y nos trae la correspondencia — explicó.

— Observa si compró las revistas que le encomendé ayer — dijo ella, cerrando con un ademán brusco el quitasol, mientras hacía esfuerzos por incorporarse de una silla de lona en donde se había dejado caer desde temprano.

El marino reguló los anteojos para satisfacer la curiosidad de su mujer, que de tan impaciente, ya había bajado hasta el jardín y se deslizaba junto a una interminable hilera de hortensias al encuentro del empleado.

— ¡Qué inquieta eres, Rosario! — balbuceó Azuelos al ubicar a ambos. Luego desvió los anteojos e hizo, como acostumbraba, un minucioso inventario del lugar, comenzando por los rosales recién abonados, los lirios que bordeaban la pandereta, los árboles nuevos con sus troncos envueltos en cuellos de paja, para continuar con las diferentes plantas, los dátiles caídos al pie de las palmeras, e incursionar finalmente por los senderos de ripio amarillento cuyos trazados caprichosos iban enmarcando los espacios decorados con flores y pasto.

Dos de estas extensiones, las situadas justamente bajo el balcón, llevaban las iniciales de los dueños de casa. Mayúsculas de petunias sobre fondo de trébol. El almirante tenía la costumbre de repasarlas con los anteojos como si las escribiera. Este peregrinaje a distancia llegaba a su término cuando Azuelos tropezaba con una pileta de hierro colocada al centro de un pequeño huerto. Los papiros y juncos opaca-

ban sus aguas y peces. Era en esa superficie muerta donde el marino evocaba los ruidos y la violencia del océano, que por problemas personales se vio obligado a dejar.

Navegaba así, desde hacía años, en el balcón de su casa.

La falta de hijos, que en un inicio afligió por igual a esta pareja, luego de la expulsión de que fue objeto Azuelos de la Marina, afectó sólo a Rosarito. El almirante en el fondo sintió alivio de no contar con esa clase de testigos.

Estos matrimonios practican paternidades de consuelo.

Como no saben de niños, exigen a alguno que se atraen un comportamiento ideal que no logran obtener. O el hijo de turno que los visita finge toda la estadia, o ellos ignoran a propósito lo que en realidad están presenciando.

La señora Rosarito, ávida de ejercer la maternidad a cualquier precio, solicitaba con frecuencia sobrinos prestados. Ellos a su vez transaban: sabían que tolerar por algún tiempo a la mujer del almirante les significaba a la postre regresar a casa cargados de regalos. De ahí que cuando Rosarito visitaba a su cuñado, y en medio de la tertulia mostraba interés por llevarse a alguno, los hermanos del agraciado le hacían a éste importantes recomendaciones. Debía en primer lugar dejarse conducir a todas partes sin oponer resistencia, y luego responder siempre a las preguntas de la señora: «Sí, tía, no, tía, muchas gracias, tía», y cuando ella le ofreciera finalmente algún obsequio, contestar de inmediato y sin titubeos: «¡No por Dios, tía, qué barbaridad, no se moleste usted!». Esa última frase, dicha con la mayor sinceridad y desmentida por la cara más ansiosa frente a una vitrina o ante el mostrador de una dulcería, surtía el efecto previsto.

Como consecuencia de todo esto, Rosarito dictaminó que en lo sucesivo dejaría de traer niños varones a su casa, porque eran sumamente «hipócritas», y que sólo se dedicaría a las «princesas», como llamaba a sus sobrinas, ya que le resultaban más dóciles y mucho más «acompañadoras». El reinado de las sobrinas sobre los sobrinos duró casi dos años, produciéndose en él un soplonaje organizado por parte de las «princesas», que comunicaban a la tía todo el resentimiento de sus hermanos. Como esas protestas tomaron la forma del remedo e incluso de una farsa que ellos titularon «Las hijas de la dicha», Rosarito reafirmó su decisión de no volverlos a invitar. Sin embargo, presa de

remordimientos y para evitar lo que calificaba como «la aborrecible división entre hermanos», hizo un último esfuerzo alojando al menor de los hijos de su cuñado. Tampoco sirvió de mucho. Sucedió que una tarde en que intentaba pasear con el niño por el jardín para mostrarle un horrible enano de adorno que había oculto entre las salvas, el pequeño, aturcido por un día tan artificial y programado de antemano, exclamó:

— ¡Estoy enfermo, me voy de esta casa y me llevo toda mi ropa!

Desconcertada la señora, recurrió a Pavel, quien cubriéndolo con una manta, lo devolvió a su hogar.

Rosarito se valía de su fortuna y de las dificultades económicas por las que inevitablemente atravesaban sus hermanas y cuñados para ejercer el favoritismo y la injusticia entre los sobrinos. En cierta ocasión puso en fila a todos los hijos de su hermana Laura, y luego escogió a uno, tardando en la elección más de lo que demora un mandatario en revisar las tropas. Le gustaba que la llamaran «madam». Según ella, en el extranjero siempre le habían dicho así. Pronunciaba ese «madam» con mucha afectación y lo relacionaba con un jubileo de un rey, su presentación en la corte del brazo del almirante, y las plumas tricolores que la etiqueta le obligó a prender en el sombrero. Su contacto con la nobleza la revistió de tales modales que a su regreso esperó de amigos y parientes un trato parecido.

No faltó el sobrino que, poniéndose un plumero en la cabeza y envuelto en una sábana, hiciera la parodia de aquella famosa presentación a los reyes. Cuando alguna de las «princesas» le narró lo que sus hermanos hacían, ella resolvió no invitar a nadie más.

En este predicamento se hallaba Rosarito, la mañana que en compañía del almirante tomaba sol en el balcón, que sobresaliendo de la fachada, seguía la línea curva de esa casa moderna rodeada de un jardín dibujado.

Cuando Pavel le hizo entrega de la correspondencia, Rosarito advirtió que entre esas cartas venía una muy especial dirigida a su nombre. Se trataba de un sobre tosco con esa característica letra sin personalidad de las mujeres educadas con las monjas. El membrete indicaba un lugar de provincia. Curiosamente la carta estaba escrita en un tarjetón del Senado y era de una pariente lejana y viuda que le rogaba se hiciera cargo de Anselmo Méric, su único hijo, al que luego de haber fracasado en el colegio no le habían permitido repetir el curso, resultándole imposible encontrar otro establecimiento educacional en la región. La carta finalizaba con una falta de ortografía, que en un

comienzo hizo reír de buena gana a la señora de Azuelos, para luego abstraerse en esas cavilaciones a que ciertas circunstancias nos conducen cuando advertimos en la debilidad ajena la posibilidad de sacar algún provecho. Presintió que esa madre, a diferencia de las anteriores, no le prestaba un niño, sino que lo cedía.

Durante el almuerzo se las ingenió para lograr el consentimiento de su esposo, y una vez obtenido, sólo pensó en su nuevo huésped, que si bien no era un hijo legítimo, era en todo caso más que un sobrino de esos.

El tren que conducía a Anselmo y su madre llegó a Valparaíso con bastante retraso. En la estación, nadie los aguardaba.

La señora Méric, para disimular en algo la pena, vestía un llamativo traje de seda amarilla.

Durante el trayecto se mostró especialmente solícita, intentando satisfacer los más pequeños caprichos de su hijo. Anselmo, a pesar de sus atenciones, estuvo reticente, limitándose a aceptar una bebida gaseosa que dejó a medio consumir y una revista infantil con ilustraciones muy destacadas. Sus ojos rara vez dejaban la ventanilla, desconcertados entre la inmovilidad de la lejanía y el paso acelerado de los postes. La señora Méric, fingiendo entusiasmo, le hacía múltiples recomendaciones sobre el carácter de los Azuelos y sus costumbres. Cuando Anselmo leía lo que rezaba bajo cada lámina, su madre lloraba volviendo el rostro contra el respaldo de cuero.

Al dejar el ferrocarril, caminaron un largo trecho en silencio. Mientras descendían los escalones del andén, bajo un sol radiante, ella sorpresivamente se detuvo, le limpió la cara con un poco de saliva, y pellizcándole las mejillas, lo volvió a sus colores.

Luego de que la señora Méric hubo tocado el timbre, se abrió en la parte superior del portón un enrejado ventanillo que encuadró el rostro de Pavel. Éste, después de cerrarlo con violencia, hizo sonar pestillos y cadenas para aparecer muy servicial, indicando con una mano que pasaran, y con la otra arrebatándoles la maleta. Así, atravesaron ese interminable sendero bordeado de hortensias hasta enfrentar la casa. Al ingresar en ella, observaron a un costado una amplia escalera con baranda cromada, que el chofer les propuso subir. Los pasos del

niño y de su madre se silenciaron en la mullida alfombra. El descomunal vidrio empavonado que seguía la curva del muro, en donde estaba adosada la escalera, recibía en su corrugada superficie la sombra de las hojas y ramas que afuera agitaba el viento. La luz que filtraba esa ventana sumía el vestíbulo en un resplandor frío, dando la sensación de un invierno perenne.

Lo primero que notó el niño al llegar arriba fueron las piernas cruzadas de la señora Rosarito, que apaciblemente zurraba. Tuvo la súbita imagen de un piso plegable. Ella suspendió la costura e inclinó la cabeza para examinarlo por sobre los anteojos. Anselmo se detuvo, siendo empujado suavemente por su madre:

— Anda, corre, dale un beso a la tía.

Diferentes puertas se entreabrían y cerraban silenciosas. El almirante no se encontraba en casa y Pavel había desaparecido con la maleta.

El dormitorio que le asignaron al niño tenía la apariencia de un salón. No tanto por la amplitud de la pieza, sino más bien por su altura y la forma de cúpula que mostraba el cielo raso. Al centro, colgaba una lámpara de cristal opaco con decoraciones en relieve, representando frutas silvestres y hojas de parra. El piso, revestido con una alfombra a franjas azules y rojas, se extendía de un extremo a otro, perdiendo sólo unos centímetros al aproximarse a la ventana, que comunicaba con un pequeño balcón forrado en hojalata. El mobiliario era evidentemente el de una persona mayor, y así se lo hicieron saber. Había pertenecido a la madre del almirante, que vivió con la pareja sus últimos años. Lo componían una cómoda con cubierta de mármol, un lavatorio de loza con su jarro, la imagen de la Virgen de los Rayos y un canastillo de metal repleto de siemprevivas (estos objetos se duplicaban en el espejo del mueble), una cama aparatosa con respaldo enchapado y coronaciones, un velador del mismo estilo sobre el que había un búho embalsamado, y enfrente, junto a la puerta, una silla frágil. En los muros, no se veían cuadros.

Lo primero que hizo el almirante fue ocuparse de la educación de su hijo adoptivo, matriculándolo en un colegio inglés de esos existentes en cada barrio y que se solventan por la creencia de que «aprender bien un idioma, nunca está de más en la vida». Éste, llevaba el

nombre de sus dueñas, las señoritas Durham, y tenía todas las características de una casa de huéspedes. Exigían un uniforme de paño burdo color granate, con medias y guantes a tono. La gorra con visera de mica y los botines más oscuros hacían juego con una cinta carmesí que recorría el borde de las solapas y los bolsillos de la chaqueta.

Para los días festivos le compraron un trajecito marinero con insignias. El almirante pudo contar al fin con un pequeño grumete a su servicio. Por las tardes, la señora Rosarito iba a buscarlo a la salida del colegio, explicándole que «este sacrificio le servía para estirar las piernas». Ésas que al niño nunca dejaron de impresionar por lo flacas, y que le recordaban las de un piso de playa. Imagen ésta casi permanente, debido a las interminables horas que tanto él como ella debían soportar en espera del almirante, que tenía por costumbre ausentarse después de almuerzo y no regresar a cenar sino hasta muy tarde.

Debido a esto, y con el propósito de acompañarla, el niño se trasladaba a la salita, y ahí, de bruces sobre la alfombra, hacía sus tareas hasta que la penumbra borroneaba el contorno de las cosas.

— Anselmo — pedía ella entonces, dejando de lado la costura —, ¿me haces el favor de encender esa lámpara?

Y esta luz cercana, que ahora devolvía la claridad desde otro ángulo, señalaba la segunda fase de una larga vigilia. A partir de aquel momento se oían con más nitidez los suspiros de la señora; y el reloj de péndulo sumaba los latidos de ese corazón al engranaje de las horas.

Al caer la noche, Anselmo se entretenía observando desde la ventana el tráfico de la calle, mordiendo distraído la lienza de las celosías, que le dejaba un gusto amargo en la boca. Pero los focos de los automóviles, que en sus rápidos virajes alumbraban las esquinas y rincones más apartados, no lograban ubicar al dueño de casa. La fatiga y el sueño que mostraba, obligaban a Rosarito a distraerlo:

— ¿Sabes jugar a los naipes?

— ¿Te gusta sacar solitarios?

— ¿Armamos un rompecabezas?

Por todas estas amenidades pasó Anselmo, adivinando que eran prácticas muy socorridas por ella. A veces, rompían la monotonía de esas tardes las visitas de una prima mucho mayor del almirante, llamada Fidela, que más parecía querer inspeccionar que agradar. Era pequeña y coja. Pavel la subía en brazos hasta el segundo piso, para depositarla cerca de donde el pequeño hacía sus tareas. La anciana,

para corregirlo, se valía del bastón, restregando la contera entre sus cuadernos y utensilios, o descargándoselo sin disimulo como queriéndolo apartar de aquella casa. En cierta ocasión advirtió que Anselmo ocupaba los dedos para borrar y no tuvo ningún reparo en propinarle un fuerte golpe en la cabeza. También insistió en que debía usar anteojos, porque «no es natural que alguien escriba a tan poca distancia de un cuaderno». Las gafas que el oculista recetó a Anselmo sólo sirvieron para que el almirante las encontrara en todas partes y expresara a gritos, cuando las levantaba para examinar a la luz el estado de sus cristales:

—Pero, ¿cómo es posible que este niño pueda ver algo a través de tanta inmundicia?

La intromisión de la prima Fidela fue más lejos aún. No contenta con ver al niño hacer sus deberes con gafas (Anselmo se las ponía en cuanto ella llegaba), se tomó la libertad de referirse en forma despectiva a la madre del pequeño. Alzaba la voz al nombrarla, y luego la bajaba, como para indicar que lo que seguía no eran temas apropiados a su edad. Rosarito le prestaba especial atención, y se sorprendía tanto como el niño, a quien le resultaba imposible no dejar de lado su trabajo al escuchar de labios de esa arpía el nombre de su madre.

—Continúa con las tareas... No debes escuchar la conversación de tus mayores.

Palabras como «fiesta» y «escote» aproximaban a las dos mujeres en un prolongado cuchicheo, que sólo interrumpían para hacer por separado aspavientos con las manos.

A veces el almirante regresaba temprano y al sorprender a su prima en la salita, la besaba de manera tan tierna y sumisa que Anselmo prefería no mirar. El señor Azuelos le ofrecía entonces respetuosamente el brazo y la diminuta anciana abandonaba cojeando el segundo piso.

La silueta obesa del marino y la de Fidela, quien a su lado iba desarticulándose entera, se recortaban muy nítidas contra el vidrio del ventanal.

Después de todo, sus visitas abreviaban en algo esas tardes, relegando a un merecido segundo plano los ruidos del reloj y los suspiros de la dueña de casa.

A los dos meses, Rosarito se desinteresó del niño al comprobar que, al revés de lo que siempre supuso, la presencia de un hijo no le servía para retener al almirante en casa, sino por el contrario, esta nueva situación le otorgaba al marino más licencia a sus huidas y nuevas justificaciones a sus embustes.

La amargura que le significó este descubrimiento la volcó contra el niño. Resultábale intolerable su presencia y buscó la manera más disimulada y menos cruel de apartarlo.

Anselmo en tanto, que presentía el dolor de su benefactora, sin vislumbrar ni remotamente las causas, intentaba a su modo distraerla. Le pedía permiso para armar escenarios con los muebles, y venciendo su timidez, desvalijaba la sala de baño, para regresar a la salita convertido en corsario o en visir. Luego de una profunda reverencia, recitaba versos que al quedar truncos parchaba con otros, transformándose éstos en adivinanzas y canciones. Rosarito de vez en cuando dejaba de zurcir y le fijaba sus ojos ausentes. Anselmo se desconcertaba con las reacciones de ella; soltaba la carcajada en las partes serias y se volvía inmovible cuando el pequeño actor hacía los chistes.

Los esfuerzos de éste por ganarse el corazón de su protectora resultaban desesperados, llegando incluso en ocasiones a suspender la recitación por algunos segundos para espiarla.

Estas representaciones se dieron por clausuradas una tarde en que la señora, perdiendo la paciencia, abrió su bolso y le lanzó un rollo de billetes sebosos a la cara:

—¡Vete al biógrafo, estoy con dolor de cabeza y muy cansada!

Acto seguido tocó la campanilla, ordenando a Pavel que se lo llevara.

El injusto comportamiento de la mujer del marino hizo que Anselmo viviera una continua zozobra, manifestándose ésta por las noches cuando mojaba su cama. Al sentir el frío de las sábanas pedía abrigo en voz alta, y este clamor atravesaba las tinieblas para suspender los ronquidos de Rosarito, quien envuelta en una bata y luego de introducir la mano entre esas ropas empapadas, daba gritos que obligaban a la servidumbre y al almirante a acudir en su auxilio. Mientras lo cambiaban, Anselmo observaba las canas de la señora, que, desordenadas y a trasluz, adquirían el aspecto de maléficas hebras de plata. Rosarito se valía

de este escándalo para desahogar todo el resentimiento acumulado durante el día.

El almirante, más conocedor del alma humana, le advirtió que tenía mucha culpa en la transformación que se estaba produciendo en el niño, y que de seguir así las cosas, debían devolverlo. Rosarito prometió entonces cambiar de actitud.

Las representaciones en la salita se reanudaron, y la señora le enseñó monólogos fáciles que Anselmo aprendió de memoria. También le confeccionó un pequeño frac a su medida, obligándolo a dejar de lado las toallas y fundas del baño. De la solapa de su elegante traje pendía un monóculo de oro que el niño intentaba dejar quieto en la cuenca del ojo. Como este trajecito tan completo lo hacía sentirse un príncipe en el exilio, solía vagar por la casa solitaria, dialogando con las figuras de los cuadros o con una cabeza de mármol de Augusto niño que había sobre el piano. Incluso se aventuraba a salir al jardín y saludar a diestra y siniestra a las hortensias, corretear por los caminitos de ripio e inclinarse curioso cual un Narciso ante la fuente de hierro, para observar su imagen de etiqueta apenas perturbada por la navegación ligera de las hojas.

El almirante, que seguía con los anteojos de larga vista sus pasos, le gritaba como antaño lo hiciera desde el puente de mando:

— ¡Ven, sube, mira que esta noche tenemos baile a bordo!

Y el viejo desplegaba todas sus prendas de gala ante los ojos atónitos del niño. Bicornios de parada, uniformes repletos de entorchados y elegantes espadas. Pero lo que más sorprendía a Anselmo era cuando el antiguo marino volcaba un tosco saco de papel repleto de medallas sobre la cama. Los dorados sin brillo, la repetición de las inscripciones y el deterioro de las cintas y escarapelas, formaban un lamentable cerro de triunfos.

— ¡Éste es tu tío! — gritaba —. ¡Acércate, no temas, te voy a condecorar con la orden al mérito! — y le prendía montones de insignias. Muchas veces, vestidos así, el niño de etiqueta y Azuelos de gran parada, acudían del brazo al comedor. El almirante, para burlarse un tanto de sí mismo, completaba su atuendo pegándose a la nariz una postiza de cartón con bigotes de goma que lo volvía realmente grotesco.

Rosarito celebraba en forma desmedida la broma, precipitándose con toda vehemencia en sus brazos.

Cuando Azuelos estaba de humor bebía en exceso, invitando a la servidumbre al comedor para narrarles sus historias del mar. A la hora

de los postres ocurría lo de siempre: una imaginaria batalla naval que obligaba a las mucamas a replegarse hasta el repostero. El almirante había desenvainado.

Rosarito, entonces, le hacía un significativo gesto a Pavel, quien conducía al marino a su cama. Luego sujetaba con violencia a Anselmo de un brazo, advirtiéndole:

— ¡Y tú, mucho cuidado con mojarle esta noche!

Pensaba ella que esta sentencia atenuaba algo «el espectáculo vergonzoso» que, según decía, el almirante acababa de dar.

Este acercamiento entre el marino y el niño se debió a motivos muy secretos y particulares del almirante y en ningún caso a una preocupación real por cambiarle a Anselmo la vida. Sucedió que el señor Azuelos estaba prendado de una empleada de correos, y aseguraba que le correspondía. Esta ilusión lo había vuelto comprensivo y generoso. Lo que ignoraba el viejo era que en cuanto abandonaba las oficinas, su «amada» se rodeaba de sus compañeras para mofarse:

— ¡Verán cómo estrujo a un almirante!

Cierta vez, de regreso del correo (lugar al que ya no acudía Pavel), Azuelos se detuvo ante la vitrina de una juguetería. Circulaba entre las muñecas una hermosa locomotora de cuerda que arrastraba un sinnúmero de carritos de latón. Todos ellos de vivos colores contrastando con la máquina, que era de un negro muy severo con émbolos y ruedas plateadas. A medida que perdía fuerzas, se le hacía dificultoso tirar los carros y cuando ya estaba por detenerse, el dependiente la sacaba, le daba cuerda y la dejaba funcionando otra vez. La lucecita delantera se reflejaba en el vidrio al pasar frente a los curiosos. El almirante pensó en Anselmo. Fue cosa de un segundo y se encontró de vuelta en la calle sosteniendo un enorme paquete bajo el brazo.

Los gritos que daba el marino se oían desde la calzada:

— ¡Anselmo, Anselmo!

Pero en la intimidad de su corazón ilusionado resonaba otro nombre, el de esa funcionaria que tan hábilmente había sabido engañarlo.

De a dos subió los escalones y se detuvo en el descanso para desatar el paquete ante los ojos sorprendidos del niño.

— ¡Mira el regalo que te traigo! — y le iba pasando uno por uno los carritos de colores.

— ¡Un tren! — exclamó Anselmo, arrodillándose junto al anciano que se los nombraba a medida que aparecían.

— ¡El coche comedor... el carrito carbonero... el de pasajeros... el del correo...!

Al pronunciar la palabra «correo», suspiró profundo y se llevó el carro al corazón.

— Ahora viene la sorpresa — anunció desamarrando el envoltorio más voluminoso y exhibiéndola en alto como si se tratara de la bendición con el Santísimo.

— ¡La locomotora! — gritó el pequeño, compartiendo la emoción del marino.

Este jolgorio acabó de golpe, cuando tía Rosarito, que observaba la escena desde arriba les advirtió, como fuera de sí:

— ¡Un momento... escuchen ustedes dos!

El almirante y el niño levantaron la cabeza, en tanto la señora descendía lentamente, explicando:

— Ese tren es para todos los sobrinos de esta casa, ¿está claro? De todos los sobrinos.

— Sí, tía — respondió Anselmo con los ojos llenos de lágrimas, mientras intentaba hacer calzar nerviosamente los tramos de riel que componían la línea.

2.

El falso interés que los esposos prestaron a Anselmo duró poco tiempo, al término del cual se encontró nuevamente a merced de la soledad y del abandono.

Las criadas, compadecidas, lo acompañaban a los almacenes del barrio para ayudarle a escoger viejas tarjetas de Navidad que el niño enviaba a su madre. También lo llevaban a la parroquia por las tardes a rezar la Novena, y mientras ellas hacían meritorios recorridos de rodillas por las naves laterales, Anselmo contemplaba los arcos de ampollas que rodeaban a las figuras de los santos. Las vírgenes encaramadas sobre nubes de yeso emergían de entre las flores que cubrían los altares y nichos. Parecían tener la bondad y la sonrisa tan dispuestas al diálogo que Anselmo prefería no mirar. Así, iba de un altar en otro, hundiendo el rostro entre las manos, pidiendo por la suerte de su difunto padre y la de su madre. Como las empleadas le encargaban que

les cuidara el breviario mientras cumplían con la penitencia, Anselmo aprovechaba para examinar esos libros tan repletos de imágenes y recordatorios píos. Cristo y María mostraban en las estampas tal variedad de atuendos y actitudes que más parecían una galería de parientes cercanos. Al completarse las primeras bancas, el párroco, con voz cansada y ademanes flojos, iba haciéndoles repetir las oraciones. Ponía las manos de memoria sobre el pecho al momento de iniciar el canto, pero sus ojos jamás estaban en aquello, sino que, por el contrario, revisaban cuidadosos el estado de los cirios, las puertas de vaivén, los que entraban y salían, o a Anselmo, quien lo observaba también indiferente.

En noviembre, las criadas le hicieron seguir completo el mes de María. Rosarito le insinuó que llevara flores al altar de la Milagrosa de los Rayos, y Anselmo, para complacerla, acudió al templo con un enorme ramo de hortensias que le impedía ver por dónde caminaba.

Había otros niños que también seguían esta fiesta.

Cuando el mes finalizó, hubo bendición con el Santísimo. El oficiante, envuelto en una pesada casulla recamada de pedrerías, alzó la custodia en medio de un incesante campanileo. Bocanadas de incienso acre flotaban hacia atrás, tendiendo sobre las cabezas de los fieles una espesa capa que atravesaban los haces de luz provenientes de los vitrales de los altares menores.

En el momento en que ya se disponían a abandonar la iglesia, el señor cura, desde el púlpito, hizo un llamado golpeteando el micrófono. Luego, con voz meliflua, habló a los niños que con tanta devoción habían seguido esa fiesta. Explicó que para el próximo domingo les tenía una sorpresa. Había imaginado un premio para ellos. Se encaramaría a la torre de la parroquia con un manojó de globos que lanzaría al viento, para que recorrieran el cielo y cayeran al azar en sus casas y jardines. Les pidió que no se inquietaran porque habría para todos, y que ellos los hallarían en las calles, techos, plazas —en fin—, por doquier. Finalmente, para evitar el desconcierto producido en los pequeños que comenzaban a mirarse, los hizo cantar y rezar, clausurando así ese mes dedicado a la Madre de Dios.

Las promesas hechas a los niños adquieren proporciones desmedidas. A pesar de esto, tía Rosarito se encogió de hombros cuando Anselmo le explicó lo de los globos, aduciendo que carecían de toda realidad los ofrecimientos terrenales de los curas. Sin embargo, el pequeño

vivió pendiente de esa fecha en que desde los balconillos de la torre brotarían cientos de globos de colores, que cubriendo el cielo descenderían blandamente hasta el balcón o el jardín de cada cual.

Los seres rechazados en su propio hogar suelen aferrarse a promesas remotas e inciertas que les vienen desde fuera, porque instintivamente saben que todo lo que el día de mañana conseguirán deberán tomarlo de la calle. Anselmo acompañó una tarde completa a un charlatán, que para atraerse al público, pregonaba: «Aquí todos ganan premio». Con el correr de las horas, permanecían junto a la mesa de los embustes, tan sólo el vendedor ambulante, la serpiente y el niño.

La noche anterior al domingo de globos, el señor cura no pudo conciliar el sueño; tampoco Anselmo.

—¡Pero qué incauto he sido! —exclamó el párroco, incorporándose del lecho para envolverse en su manto y pasearse a lo largo del cuarto.

—¡Debí arrendar una avioneta!, ¡una avioneta!, —se repetía, y como para remediar en algo su falta de criterio, abrió la ventana y se puso a contemplar la noche. La bóveda infinita extendía ante sus ojos miríadas de estrellas. Los techos de las casas, los edificios importantes, la plaza, los árboles oscuros y el puente sobre el estero que se deslizaba a escondidas, habían perdido el volumen y, así, esa ciudad plana daba la impresión de una lámina para un cuento de hadas.

El almirante, intrigado con lo del cura, fue el primero en levantarse ese domingo. Desde el balcón, y provisto de sus binoculares, enfocaba continuamente la torre.

—Nada de nada —repetía en voz baja.

Rosarito, quien más tarde acudió a tomar el sol, aseguraba a cada nueva exclamación de su esposo:

—¡Las cosas tuyas! ¿Te crees que al párroco le sobra el tiempo como para subirse allí arriba a lanzar globos?

La mujer del marino y el cura se conocían a fondo. Siendo la señora de Azuelos la feligresa más asidua, y él su confesor, adquirirían esas aseveraciones un peso ineludible.

—Si tú lo dices... —respondió el almirante en un tono despectivo, que dejaba traslucir todo el asco que le merecían las cuitas que Rosarito hacía al cura. Sospechaba que éste sabía más de su persona que él mismo.

— El señor párroco es un hombre muy realista — añadió ella, cubriendo hábilmente el huevo de madera con un calcetín del marino.

— ¡Qué novedad...! — comentó el viejo.

Mientras tanto, abajo en el jardín, Anselmo miraba incesantemente al cielo.

Cuando Azuelos lo vio, gritó:

— Pierdes tu tiempo, yo estoy vigilando desde temprano y aún ni piensa en asomar el fraile.

El niño se unió a ellos y lo constató personalmente con los anteojos.

La torre recibía el sol de un costado.

Dentro de la iglesia, el problema de los globos había sido resuelto. Al término del sermón, el párroco se limitó a notificar a los presentes que, dadas las dificultades atmosféricas y la poca altura de la torre, había preferido invertir el dinero destinado a los globos en caramelos, los que serían repartidos al finalizar la misa.

Los niños formaron dos hileras respetuosas, como lo hacían al ir a comulgar, y sacaron cada uno un cartucho de una bandeja enorme que sostenían dos monaguillos.

Al mediodía, Anselmo aún correteaba ilusionado por el jardín. El almirante y Rosarito, en cambio, habían olvidado el incidente y se trababan en amena charla con la prima Fidela, quien tenía por costumbre visitarlos los domingos por la mañana. Siempre acudía con un paquete de enormes merengues, similares a los que ofrecen en las estaciones, y sin el menor pudor los engullía uno tras otro ante el asombro de los Azuelos, quienes constataban la avidez que se despertaba en ciertos ancianos. Incluso, como Fidela veía que sus parientes rehusaban diplomáticamente compartir dicha merienda, empaquetaba los restantes y los guardaba en su cartera. Después, sacudiéndose las migajas que le habían quedado sobre el bigotillo y la pechera, recibía satisfecha:

— ¡Si la juventud supiera y la vejez pudiera!

Anselmo, en su desesperación, acudió al patio posterior, lugar destinado a los menesteres del hogar: lavado, planchado, crianza de aves, y en donde se encontraban las habitaciones de la servidumbre. Éstas daban a un corredor cuyos postes unidos por cordeles, soportaban la ropa tendida. Al fondo del sitio, antes de llegar al muro diviso-

rio, existía un trecho de tierra que la señora Rosarito destinaba al cultivo de amapolas.

Los pueblos chicos ubican sus casas unas frente a otras en pie de guerra. Por ello, Rosarito mantenía en ese jardincillo trasero de la suya este arsenal de crecidas amapolas que transparentaban su color y su veneno al sol durante el día.

Se ingresaba a través de una verja endeble y había que circular con dificultad entre las hileras de flores, que se afirmaban en diminutas empalizadas de madera. El terreno era irregular, produciéndose un recodo a la altura de las últimas amapolas, que conducía a una construcción de vidrio, especie de invernadero abierto en ambos extremos. En esa galería se hallaban las bodegas y el dormitorio de Pavel. Estas dependencias eran sumamente oscuras, vislumbrándose uno que otro detalle de las herramientas del jardín e implementos de aseo. Contra los vidrios se apoyaban grandes jabas metálicas para guardar las botellas vacías. Algunas plantas de interior enrarecían el aire, y una lora abandonada, lejos de su percha de bambú y hablando disparates, se balanceaba sobre las baldosas del piso.

Cuando Anselmo llegó al patio, la cocinera humedecía el corredor lanzando agua. Otra mucama, recostada junto a un poste, se cortaba las uñas de los pies. Al ver al pequeño ocultó las tijeras, e incorporándose, intentó desviar su atención.

— ¿Buscas algo, niño?

Anselmo, sin responder, transpuso la reja que comunicaba con el campo de amapolas y se perdió entre las flores. Éstas tenían casi su porte. A pocos metros de la pandereta, notó unas amapolas aceitosas y opacas que Pavel, vehemente, manchaba sobre una tela. El caballete portátil que sostenía el cuadro se hundía en el barro. El chofer le habló sin dejar de mezclar los colores en la paleta:

— ¿Te gusta pintar?

Anselmo asintió con la cabeza y su curiosidad le hizo guardar silencio. Las amapolas de Pavel, observó, a diferencia de las otras, eran demasiado quietas, a pesar de los esfuerzos con que el pintor intentaba moverlas. A las reales, en cambio, cualquier tenue brisa bastaba para mecer sus corolas. Pavel se había dejado llevar por las facilidades. Una mañana, muy impresionado por una gran marina que colgaba de un muro del salón, sintió deseos de copiarla. Aguardó a que sus patrones estuvieran ausentes y, valiéndose de unos lápices de colores y una libreta, reprodujo el fragor de esas olas. Tan absorto estaba en su trabajo,

que no escuchó los pasos del almirante, que lo observó por sobre el hombro. Cuando el chofer hubo concluido, Azuelos lo palmoteó, entusiasmado:

— ¡Bravo el artista!

Pavel, sorprendido, soltó lejos la caja y los útiles.

Desde ese día, el chofer, por indicación del almirante, tomó clases de pintura en una academia particular, y tuvo permiso para copiar todos los cuadros de la casa. Cuando paisajeaba, lo hacía como aquella tarde, en el patio trasero.

Inquieto por el silencio que guardaba el niño, recogió los pinceles y los depositó dentro de un jarro. Luego se limpió las manos con un trapo y acercándose, indagó cariñoso:

— ¿Qué haces aquí?

Los niños, a diferencia de los adultos, no se desaniman ante las preguntas directas.

— Espero el globo de la parroquia — respondió con toda inocencia, y luego explicó que éste descendería del cielo.

El candor de esta afirmación conmovió de tal modo a Pavel, quien tomándolo en brazos, lo estrechó contra el pecho y susurrándole consuelos y promesas, lo condujo de vuelta a casa por entre los caminos de flores.

El mundo de Pavel era el del arte. Desde que el almirante le permitió alternar sus obligaciones con las clases de pintura, descuidó tanto el automóvil que la señora Rosarito se quejaba continuamente por esa «franquicia única» que, según ella, gozaba el chofer.

— El arte es un don del cielo — le respondía su esposo, para dar término a una discusión que consideraba estéril. Sobre todo, Azuelos sabía que no eran las continuas panas (y éstas no habían sido pocas en el último tiempo) lo que indignaba a su mujer, sino la envidia que este nuevo talento le ocasionaba. También ella había pintado. Y para colmo de males, cuando Pavel ingresó a la academia, la señora Rosarito hacía años que era alumna regular del mismo plantel. Costó no poco trabajo convencerla de que debía aceptar al chofer por compañero de atelier. En un comienzo el problema pareció superado, debido a que ella tenía más conocimientos académicos, y esta ventaja la hacía sentirse doblemente la patrona. Pero a los pocos meses, no sólo Pavel resultó ser el alumno más aventajado del curso, sino que circuló además una nefasta

iniciativa entre los discípulos que precipitó la ruptura de Rosarito con la pintura. El maestro aceptó la proposición de sus alumnos de que, a la hora del té, fueran las damas quienes sirvieran a sus compañeros varones. Rosarito escuchó atentamente esta nueva modalidad, y antes de inclinarse solícita junto al puesto de Pavel en la mesa, para preguntarle: «¿Cuántos terrones de azúcar se sirve usted?», dejó el arte.

Sufría Pavel cuando debía llevarla de compras. Aunque no intercambiaban una sola palabra, ella solía colocar jabones y bolsitas con lavanda en los asientos y en la guantera, para darle a entender que hasta su olor le repugnaba.

A Pavel se le hacía cada vez más intolerable su trabajo en casa de los Azuelos. Mantenía la secreta esperanza de ganarse algún día el sustento con el producto de su arte, y esta ilusión se manifestaba en el descuido que ponía en sus deberes. Vivía en un estado de enajenación casi permanente, lo que le impedía concentrarse en la conducción del automóvil. O los esposos Azuelos estaban expuestos a un accidente diario, o a una serie de piruetas que la distracción de Pavel les obligaba a soportar.

— ¡Este hombre no maneja, sino que dibuja con el automóvil!
— aseguraba ella, cuando, lívida, se aferraba a las manillas, una vez pasado el peligro.

Pero esa libertad que le otorgaba su condición de artista y le permitía ahora mostrar nuevas facetas de su personalidad, antes un tanto reprimida, no sólo se exteriorizaba en las cabriolas que efectuaba con el automóvil, sino en una cierta afectación en los modales y en la entonación de su voz. La extravagancia de sus frases, los gestos coquetos al responder y los canturreos al volante sorprendían a los dueños de casa. Atribuyeron tal falta de pudor a su entusiasmo, lamentando que no temiera, como ellos, la mirada del mundo. Cuántos hombres, pensó Azuelos, prefieren ocultar algún talento, para evitar los juicios que inevitablemente acarrearán los éxitos. Sin embargo, el descubrimiento de sí mismo a que el chofer se vio enfrentado, debido en parte al hecho de poder desarrollar sus indiscutibles dotes de pintor, vendría a restarle la felicidad que por ello merecía. Había más. Pavel fue el primer sorprendido, y luego la prima Fidela, quien por casualidad entró una tarde en el salón de visitas y lo encontró besando apasionadamente en la boca, el busto de Augusto niño que había sobre el piano.

— ¡Y eso! — gritó.

— Es una niña — replicó Pavel, confiado en que la incultura de la anciana, sumada a la ambigüedad de los rostros del pasado, salvara en algo la engorrosa situación.

— ¿Una niña? — preguntó ella, acercándose al busto que Pavel sostenía entre sus brazos —. ¡Es un muchacho! — aseguró, alzando más la voz con la esperanza de que Rosarito la escuchara desde el segundo piso y acudiera a testimoniar su original descubrimiento. Como esto no ocurrió, puntualizó para herirlo —. ¡Un pintor que no distingue una cabeza de mujer de la de un hombre!

Pavel tenía el color de ese mármol.

La escena, a Dios gracias, se vio interrumpida por el insólito vuelo de un abejorro que, portando aún los rayos del sol en sus alas, arremetió contra Fidela y Pavel, separándolos. La anciana se defendía con el bastón, impidiéndole su cojera huir, como lo hacía el chofer por entre los muebles del salón.

Fidela, una vez arriba y cómodamente sentada, midió y paladeó cada una de las frases con que narró los hechos. Todo el relato lo hizo al oído de la señora de Azuelos, quien a medida de las insinuaciones, iba cambiando la expresión del rostro. Anselmo, acostumbrado a que estas cuitas no fueran tan prolongadas, dejó de lado sus cuadernos y miró abiertamente al par de mujeres. Fidela, quien, como aseguraba, «no ponía jamás todos los huevos en un solo canasto», molesta por la actitud del niño y sin dejar el oído de su confidente, buscó a tientas el bastón, para obligarlo a retomar sus tareas.

Al llegar los meses de verano, la casa cambió el aspecto gris de su fachada por otro más alegre. Esto se debió a un par de toldos a franjas azules y amarillas con que cubrieron el balcón y la terraza. El ruido que hacían al ser batidos por el viento le recordaba al almirante un lejano viaje a bordo de un velero. Bajo la sombra de esas lonas, su figura vestida de claro aparecía un tanto difusa, como sumergida.

Anselmo imaginaba a los Azuelos como personajes sacados de un refinado balneario, cuando los veía, él de blanco y ella de su brazo, hacer las tardes en el jardín.

La monotonía de esos días, sin embargo, vino a romperla una carta de Matilde, su madre, en que les anunciaba su próxima visita. El efecto de la noticia no se dejó esperar. Rosarito se volvió solícita y llena

de atenciones comedidas. El almirante por su parte hizo otro tanto, y la prima Fidela, que se encontraba presente durante la lectura, acarició la cabeza del niño, añadiendo el lugar común correspondiente:

— ¡Madre hay una sola!

Anselmo comprendió que automáticamente perdía toda relación con ellos, y que su protección quedaba sujeta ahora a los recuerdos, besos y recomendaciones escritas en una carta. Casi añoró el maltrato de Fidela y de los Azuelos, que al anuncio de la llegada de su madre se volvieron reservados y distantes.

La más afectada con la nueva pareció ser la mujer del marino, quien suspiraba continuamente como para dar a entender que su antigua obsesión, la falta de hijos, volvía a poseerla. Fidela, experta en no asumir ningún problema ajeno, fue la primera en retirarse; luego el almirante y finalmente Rosarito, quien para exteriorizar su amargura, dejó caer con despecho la carta sobre la mesa. Abierta, con las hojas temblando al viento, parecía una paloma herida. Portadora de buenas noticias, pero que debió transmitir en clave o entrelíneas.

3.

Sólo Pavel acompañó al niño a la estación. Ambos se paseaban tomados de la mano a lo largo del andén, cuyo último tramo, a diferencia del que cubría la inmensa bóveda metálica, se extendía varios metros bajo el sol. A los portaequipajes, que arrastraban pesados carros repletos de bultos, al dejar la sombra se les encendían repentinamente sus casacas y gorras de paño rojo. Los botones de bronce y el reborde de metal que remataba las viseras repartían inusitados destellos. El parlante destinado al anuncio de los horarios reproducía canciones. Un incesante ir y venir de palomas comunicaba la plataforma de cemento con la lejanía.

Anselmo recordó su tren de cuerda, y Pavel le explicó que, a distancia, aquél que aguardaban y el suyo se verían del mismo porte. De pronto, el parlante cesó de transmitir música y anunció para los próximos minutos el arribo. El pequeño apretó nerviosamente la mano del chofer, y no pudo dejar de interrogar a un maletero que pasó junto a ellos:

— ¿Falta mucho todavía?

El empleado respondió como de memoria:

— Ya viene, ya viene...

La música, que se había reanudado, fue silenciada cuando los sonos de la acompasada campana y el rechinar de émbolos y ruedas de la locomotora irrumpieron en la estación. Los resoplidos de esa especie de ballena de fierro, sus goterones de sudor de aceite y la vibración agitada de su pulso impresionaron al niño, que atribuía sólo a ella, y no al diminuto maquinista que asomaba arriba, el mérito del viaje.

La atención de Pavel se dirigió a los coches de primera clase. Anselmo lo seguía con dificultad entre la gente. Su madre no aparecía. Cuando desalentados revisaban los últimos vagones, sólo se toparon con un viejo camarero que barría los pasillos.

Al llegar a casa, un llanto violento y entrecortado le impidió hablar. Algo inútil, referente a un telegrama, intentaba explicarle Pavel mientras le ofrecía su pañuelo.

Las horas restantes las pasó el niño en su pieza, de bruces sobre la cama, apretando en su mano el pañuelo. Desde allí, alternaba sus ensoñaciones y penas con la visión un tanto desdibujada de su tren de cuerda, que, descarrilado a lo largo de la alfombra, recibía salpicaduras de sol en sus carritos pintados y en los tramos de riel.

Al día siguiente, aún se percibía en la pieza el perfume que impregnaba el pañuelo de Pavel. Ese aroma dulzón le recordó aquel otro que despedían las flores al óleo que éste solía pintar en el jardín. Junto con recordar esos cuadros opacos que distraían la belleza del lugar, tuvo presente las muestras de ternura que el artista le dispensaba cada vez que espiaba su labor. A diferencia de otros creadores, que no toleran las interrupciones, Pavel demostraba con su actitud benévola que las personas estaban primero, y cuando lo veía llegar apartaba lejos el caballete y la caja de colores.

Hubo noches en que Anselmo soñó con su sonrisa, que como una tajada de melón recorría la oscuridad del cuarto para instalarse junto a su lecho.

—¿Te falta mucho todavía? —indagaba el niño, observando esas manchas que intentaban transformarse en pétalos de flor.

—Basta por hoy —respondía Pavel, haciendo un gesto de asco, mientras se alejaba del boceto para examinarlo a distancia. Luego su rostro se iluminaba al volverse hacia el pequeño curioso, y emocionado como ante la visión de un ángel, lo tomaba en brazos, oprimiéndolo con tanta ansiedad que a Anselmo le faltaba el aire.

Esta angustia demostrada por el niño lo tentaba de risa, redoblando abrazos y caricias, mezcladas con piruetas y carreras. A veces

caían al suelo, confundiéndose en un solo griterío los llantos de Anselmo y las carcajadas del pintor.

Las lágrimas del desconcertado niño volvían a Pavel a la realidad. Parecía despertar de un sádico sueño. A pesar de todo, Anselmo, quien no cesaba de reír mientras sollozaba, presentía que bajo esos tratos bruscos se escondía un amor a toda prueba. A medida que recordaba aquella tarde su relación con Pavel, una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Comparado con el insustituible amor materno, este otro casi no lo consideraba. Pese a todo, una fuerza poderosa lo hizo incorporarse y descender hasta el patio trasero. Al enfrentar el corredor, advirtió que no había nadie. La falta de viento dejaba inmóvil la ropa tendida, y el sol era tan intenso en el lugar de las flores que éstas perdían el color, volviéndose monocromas como todo lo que las rodeaba. Bajo la galería de vidrios se sintió mejor. Había reservas de humedad de otros meses. La lora, lejos de su percha, caminaba torpemente por el borde de una jardinera. La puerta de Pavel estaba abierta. En un principio el niño no vio nada, pero a medida que se habituaba a la oscuridad, fue distinguiéndolo todo. El chofer, al observar su silueta a contraluz, se ocultó rápidamente tras un biombo de género que él mismo había confeccionado con un par de bastidores. El mobiliario era escaso: dos sillas metálicas, una mesa y un cajón forrado en hule que hacía las veces de velador. Los muros estaban atestados de cuadros y un olor a óleo rancio y a barniz emanaba de ese cuarto sin ventanas.

El niño, al sentir la presencia de Pavel, avanzó hasta el biombo. Sólo el ruido de los mordiscos que la lora daba a las macetas interfería en algo la respiración acelerada del chofer. Sin decir una palabra, Anselmo se asomó tras los bastidores. Pavel era irreconocible. Se había colocado en la cabeza una especie de postizo de crin del que pendía gran cantidad de bucles empolvados, cintas, flores y gasas. Sus mejillas sin afeitar estaban saturadas de colorete y en una de sus manos sostenía un fieltro de anchas alas adornado con plumas de avestruz. Anselmo, al tratar de salir, tropezó con el biombo, el que se vino al suelo con gran estrépito. Una vez fuera, huyó despavorido a través de la galería de cristales y el campo de amapolas.

Por la mañana, Rosarito envió una mucama, notificando a Anselmo que lo esperaba en la pieza de vestir. Cuando la señora de Azuelos

los citaba a alguien en esa habitación, quería decir que se trataba de un hecho grave. El niño acudió de inmediato, ignorando el motivo.

Al acercarse a la pieza, la mucama se le adelantó, y con un gesto servil, empujó hacia adentro las hojas de la puerta. En el centro, sentada ante un fino escritorio de estilo, lo aguardaba la señora. Vestía una bata de raso color fucsia y zapatillas de lana. Tras ella, y sobre un largo armario de encina que cubría toda la extensión del muro, colgaban platos de mayólica y una colección de retratos de familia.

— Acércate — ordenó con voz firme, mientras hacía un gesto autoritario con la mano para despedir a la sirvienta. El ruido de la puerta al cerrarse fue la señal que dio inicio al interrogatorio. Los parientes que le observaban desde la altura parecían haber perdido su condición de retratados y adquirirían vida, gracias a ese silencio que a medida que se prolongaba, se volvía cada vez más inquietante. Rosarito lo rompió, extrayendo del cajón del escritorio un espejo guarnecido de plata.

— ¿Me quieres explicar qué hacías ayer en el cuarto de Pavel?

— ¿Ayer? — exclamó Anselmo, esforzándose por sostener esa mirada. Entonces, a pesar de su inocencia y del desconocimiento real de los hechos, pero con la certeza de que había sido traicionado por alguna de las criadas, lo adivinó todo. Intuyó lo grave de la situación, la tragedia de Pavel y el peligro que éste corría.

— Buscaba la llave de mi tren de cuerda — respondió con firmeza.

La mujer pareció dubitativa en un comienzo, pero luego, dejando de lado sus conjeturas, le advirtió:

— No es ahí donde debes buscarla — y guardando el espejo dio por finalizada la entrevista.

De vuelta en su pieza, sintió Anselmo deseos de venganza. «Lo que ha hecho Pavel es malo», repetía en voz alta.

El dolor del niño buscaba un desahogo, y su necesidad de enfrentar al chofer respondía a hechos ajenos al causado por éste, a quien acababa de encubrir.

Anselmo acudió al repostero, donde encontró al chofer. Era la hora del té. Después de las conflictivas onces en la academia, Rosarito dispuso que Pavel las sirviera en casa. La luz era pareja, reflejándose diminutas las ventanas en los jarros repletos de agua de canela, que entibiándose aromaban la pieza. Pavel, inclinado sobre el basurero, sacudía un colador. A través del ventanuco por donde circulaban los pla-

tos se escuchaba la conversación que sostenían Fidela, el almirante y su mujer.

El niño se acercó a Pavel:

— ¡Te voy a acusar!

Y mientras éste abría cada vez más la boca, Anselmo prosiguió:

— Lo que hiciste ayer fue malo.

El pobre hombre, fuera de sí, se arrodilló tomándole las manos:

— ¡No, por lo que más quieras, no digas nada, te lo ruego!

Su rostro tomó el color del papel que forraba el basurero.

— Si haces lo que te ordene — propuso Anselmo, observándolo con frialdad.

— Lo que tú desees.

— Está bien — respondió despectivamente, advirtiendo el nerviosismo con que disponía las teteras sobre la bandeja.

— Quiero que me construyas una ciudad de cartón para quemarla.

— De acuerdo — exclamó Pavel con voz tan resignada que se podía atribuir a dos causas: bien la penitencia no estaba a la altura de la falta y había que simular lo contrario, o simplemente quería dar a entender que no merecía ninguna.

Anselmo, al quedar solo en el repostero, sintió que la buena acción lograda a través de una mentira dicha en la pieza de vestir, y el trato posterior acordado con el chofer, lo convertía doblemente en su cómplice. Y esta situación lo entristeció sobremanera.

Cuando la ciudad de cartón estuvo terminada (durante su construcción Anselmo exigió varias modificaciones), ordenó colocarla en el patio trasero frente a la ventana de una bodega. En su interior, cómodamente sentado, se ubicó el pequeño como un emperador romano dispuesto a observar el incendio. Las llamas en un comienzo recorrieron las callejuelas pintadas, para luego envolver las casas y asomar por puertas y ventanas. El atardecer coincidió con el derrumbe de las últimas viviendas, y daba la impresión de que esos escombros eran los que teñían de rojo el firmamento. Anselmo, pensativo, la mirada perdida en las cenizas, soportaba resignado las caricias que, a hurtadillas y aprovechándose de las tinieblas, le hacía el chofer de esa casa.

En el otoño de 1940, un año después de la llegada de Anselmo a casa de los Azuelos, Matilde Méric, su madre, se comprometió en matrimonio con un agrónomo de la zona de Llay-Llay, llamado Julián Madrazo. Antes de la boda vino a buscar a su hijo. Ya no vestía el llamativo

traje de seda amarilla, sino uno negro de dos piezas y una boina. En la estación, al divisarlo, se ocultó tras un farol y cuando el niño pasó junto a ella de la mano de Pavel, le salió al encuentro pretendiendo asustarlo. El chofer y Anselmo la miraron desconcertados, mientras ella, riendo de su broma, apretaba nerviosamente la cartera y los guantes.

El almirante propuso que regresaran esa misma tarde, facilitándoles su automóvil. Harían el viaje por el antiguo camino de tierra.

Anselmo y Pavel no se volverían a ver.

Fidela los despidió desde el balcón y Rosarito, al escuchar el ruido del motor y ver la maleta en el vestíbulo, no supo cómo reaccionar y sólo atinó a reabrir su abandonado taller, para buscar consuelo entre sus obras inconclusas.

SEGUNDA PARTE

LA QUINTA DE MADRAZO

1.

Al dejar la estación del poblado de Las Chilcas, el ferrocarril que se dirige con destino a Valparaíso efectúa sobre la cima de un cordón montañoso una prolongada y dificultosa curva, que permite al viajero admirar desde esa gran altura el valle que abajo extiende su fértil superficie. A medida que el tren desciende entre cerros y peñas monumentales, un viento desatado embiste la gran profusión de árboles, huertos, viñedos y plantaciones que presenta la región. Estos vientos prisioneros vagan ociosos buena parte del año, ya que en la zona no llueve durante los meses de primavera y otoño. Debido a esto, las aguas de regadío deben ser almacenadas; los ríos se muestran torrentosos sólo en invierno.

Como la línea del ferrocarril se interna en las quintas y parcelas, divide y transita las plantaciones forrajeras, las chacras, hortalizas, viñas, las sombras de frondosos bosquecillos, los claros, los árboles frutales que al sol encienden sus efímeras flores. Allí el viento redobla su velocidad, como queriéndonos anunciar que nos aproximamos al pueblo de Llay-Llay, que en lengua araucana lleva dos veces su nombre. Antes de dicho pueblo, donde las palmeras son aún escasas y sólo sirven para realzar viejos parques que ocultan casonas señoriales, hoy derruidas, tenía Julián Madrazo su quinta, entre un corralón de asnos, cabras, aves y un viñado interminable, cuyas últimas matas trepaban las laderas de los lejanos montes de enfrente.

Durante más de medio siglo, la familia Madrazo restó importancia al hecho de que los trenes, al cruzar su quinta, lo hicieran a través del parque. No mostraron igual indiferencia, sin embargo, sus descendientes, los que debieron soportar, con el advenimiento del progreso, la aparición de las locomotoras eléctricas y sus vagones estruendosos,

que a su paso ensordecían el lugar, removiendo desde los cimientos la casa, el pabellón y las bodegas.

Lejana estaba la época de los viejos Madrazo, quienes al escuchar el pito de ese tren frágil de trocha angosta que evocaba balnearios, dejaban la mesa o los quehaceres y, provistos de quitasoles, chupallas y pañuelos, corrían por entre los árboles para dar la bienvenida a los pasajeros. Los más osados de la familia subían a los carros para dejarse caer unos metros más adelante. Los roces eran frecuentes, y el vapor esparcido no tardaba en disipar el diligente viento del valle.

A Julián Madrazo correspondió la tarea de vender al fisco los terrenos que ocupaba el ferrocarril dentro de su propiedad, entablando con las autoridades provinciales negociaciones muy engorrosas que finalmente se resolvieron en unos «estados de pago» que no compensaron la pérdida ni trajeron silencio.

Este arreglo lo obligó a retirar la reja principal, acercándola varios metros hacia la casa, lo que dejó al tren afuera. Los árboles y plantas próximos a la vía se secaron, y con el tiempo nadie recordó que la exuberancia que se divisaba tras sus barrotes y los terrenos baldíos por donde iba la línea, habían pertenecido al mismo dueño.

En el invierno de 1948, hizo su aparición una locomotora último modelo, de líneas poco amables, poderosa y veloz, que apodaron «la Serpiente de Oro». Corría a tal velocidad frente al parque que ni los pasajeros preocupados en ubicar su equipaje, ni Anselmo, el hijastro de Madrazo que regresaba del internado, se percataban de su belleza y existencia.

Y la enorme reja, una vez reubicada significó, tanto para sus dueños como para los inquilinos, el símbolo de una derrota. Era de color verde, muy alta; la parte superior con barrotes y la baja, cubierta por un par de planchas que tenían al centro unas cabezas de león en relieve, sosteniendo entre los dientes una argolla. La hoja que habitualmente abrían mostraba el león descolorido por el roce. Sobre los barrotes, una rama gigantesca de buganvilla formaba un arco de flores. Pero era el sol el que mantenía una relación más directa con la reja. Como ésta daba al poniente, recibía sus rayos durante toda la tarde. En su superficie y sobre el polvo del sendero, éste tejía y destejía un sutil gobelino de pequeñas luces y sombras.

La soledad de esta verja se extendió a la buganvilla, a los ado-

bes, a las tejas y árboles; kilómetros a la redonda, como una enfermedad contagiosa que dejó todo entregado a la melancolía. El silencio del lugar, su aspecto, daban la sensación de una vieja lámina, el telón para una escena bucólica. Abandono que también mostraba el muro divisorio. Levantada con un fin preciso, y no para meditar en las puertas del paraíso perdido. Las de la quinta de Madrazo guardaban ese lugar intacto. Sus árboles, avenidas y construcciones se mantenían aún en pie, debido a que ninguno de sus moradores trajo consigo pasiones e historias que la habrían ocupado como escenario, provocando su muerte. Aquello sobrevivía gracias al olvido, que desvió la acción del tiempo.

Cuando el hombre abandona un lugar, éste al comienzo se resiente por la falta de aseo y reparaciones, pero, superada esta etapa, todo cobra otro orden, y la naturaleza al sentirse libre se encarga de transformarlo. El parque que rodeaba la casa de puntiagudos techos era aparentemente una ruina. Las palmeras antes podadas y en sucesión casi simétrica, hermozeando la avenida que conducía a los escalones de la terraza, ahora servían de sostén a las enredaderas que habían trepado hasta sus cimas, desvirtuando sus formas, uniendo unas palmeras con otras, formando masas de una flora híbrida.

Nadie se había ocupado del cañaveral que corría paralelo al estero, destinado al riego de la huerta, y los bambúes crecían en todas direcciones obstruyendo el curso del agua, que al rebalsarse anegaba parte del parque. Allí se daban variadas plantas que requieren humedad. Desde los helechos corrientes, las salvinias flotantes, lentejas acuáticas y gracintas, hasta exóticas espadas del Amazonas que se ignoraba cómo habían crecido solas. Los grandes paltos cerraban el cielo en la parte del frontis de la casa, y una parra que había detrás de una glorieta cubría parte del techo, trepando con sus guías a las alturas gracias a un árbol centenario.

Este desorden era obra del verano, en que las plantas están en su apogeo. Con las lluvias y el desprendimiento de las hojas, de las que sólo se encargaba de barrer el viento, se advertía por sobre la arquitectura de la casa y de las otras construcciones, una más delicada y sabia de la naturaleza. Dicha casona había sido construida en dos etapas: una parte antigua de adobe y la más reciente de ladrillo. Pero como el follaje impedía precisar no sólo la diferencia de estilos, sino que la casa misma, ni siquiera Madrazo sabía cómo era. Algunos detalles de ella sin embargo, respetaban las enredaderas: la galería del fondo, sus es-

calones de mármol reconstituido, el techo, ciertas ventanas y el portón del patio enladrillado.

Por ahí, vagando inmóvil, se encontraba un mastín de piedra sin cola y, a un costado de una baranda, un león herido por sus grietas.

En medio de todo este caos, y bajo el único claro que permitían los enormes paltos, había una pila de cemento. Pequeña, algo profunda, de cuyas aguas emergía una piedra porosa en forma de gruta que sostenía en su base un niño de mármol. Esta figura se apoyaba graciosamente en un solo pie, dejando el otro libre como en un paso de danza. En su diestra, sostenía un diminuto cuerno de la fortuna del que brotaba el agua que lo bañaba entero, escurriéndose a través de sus facciones, siguiendo los pliegues de su túnica. El agua, al deslizarse continuamente por el rostro, desdibujaba un tanto su expresión. Había adquirido una pátina dorada, que a una hora precisa el sol hacía resaltar. Esos rayos dirigidos a través de las aberturas del follaje alcanzaban también a los peces de colores, que duraban encendidos un instante para apagarse al entrar en las sombras.

Julián Madrazo era el responsable del estado actual de la quinta. La heredó a la muerte de su padre cuando recién terminaba el colegio, y la soledad de su madre lo obligó a permanecer en ella. A Julián le disgustaba el campo. Desde niño anheló seguir la carrera de medicina, pero como llegado el momento no se atrevió a enfrentar a la viuda para darle a conocer sus inquietudes, ella, consciente de esta debilidad, lo obligó a cultivar esas tierras como una manera práctica de solucionar el problema económico de ambos.

Las relaciones entre Julián y su madre pasaron por muchas etapas, casi todas de resentimiento. Sin embargo, cuando Madrazo cumplió treinta años y la madurez le enseñó a desconfiar de las prestigiosas carreras liberales, al saber del uso y abandono que tantos compañeros de colegio hacían de esos títulos, valoró su existencia regalona y olvidó su antigua frustración, aduciendo que ahora asumía la vida con un sentido más realista. Entonces cambió de actitud respecto a su madre, produciéndose entre ellos una aparente complicidad. Sólo aparente, puesto que ella, mujer muy compleja, al presentir que su hijo desistía de su antigua vocación y se dejaba conducir dócilmente entre frutales y viñedos, sintió un gran desengaño. Carecían de interés para ella los seres que dejaban de estar en conflicto. Le había ocurrido con su espo-

so, quien en su época trocó el cuidado de la quinta por el amor conyugal, despertándole un rencor inconcebible. Era de esas personas que sienten pudor por las relaciones directas. Si su esposo hubiera hecho prosperar la quinta, ella lo habría amado hasta la locura. Si su hijo Julián, pensando continuamente en sus antiguos camaradas y en la escuela de medicina, se hubiera entregado al cultivo de esas tierras, habría adquirido ante sus ojos la talla de un hombre superior. Pero cuando sospechó que renunciaba, le resultó intolerable. La imagen del padre calzó con la del hijo, y ella, doblemente herida, dejó la quinta y se refugió en Olmué, donde tenía parientes.

Julián no logró entender esta actitud; ahora que desistía de su sueño, era cuando ella se iba.

Sólo la visitó en una ocasión. La señora lo recibió en cama, y solía narrar Madrazo a sus inquilinos que, al verlo avanzar, se arrancó de un tirón la peluca, como para advertirle que la visita no se repetiría.

Cuando Julián perdió a su madre tenía cuarenta años. Era alto y grueso. Se dejaba unas descuidadas patillas, colorinas en su mocedad, ahora entrecanas, que hacían pensar en los últimos destellos de un fuego consumido. Las mejillas sonrosadas, los ojos pequeños e incoloros. Las cejas, el único detalle firme de su cara, le eran ajenas, como postizas. La enorme barriga descansaba en el cinturón, ocultando la hebilla. Siempre usaba, fuera y dentro de la casa, botas, fusta y sombrero de paño. Fumaba cigarrillos fabricados por él mismo. Poseía una bolsita de cuero para el tabaco y cajas de papel de arroz. La bolsita se cerraba por medio de una minúscula argolla. En sus manos anchas y velludas mostraba varios anillos, que contrastaban con su indumentaria campesina. Lo más característico era su risa. Afluía de golpe y se desarrollaba cada vez más sonora y contagiosa.

Sus gustos eran sencillos, pero impropios para el lugar. Tenía predilección por los mariscos y la ópera. Tanto lo uno como lo otro debía buscarlo lejos. Era dichoso cuando su capataz se los traía frescos. Si por los alrededores de la casa se escuchaba la grabación de «Una furtiva lágrima», era seguro que Madrazo comía ostras.

Bien temprano, hacía llamar a su escritorio a Rómulo, el campero, y disponía la jornada. Afuera, en el patio enladrillado, le aguardaba su caballo con silla mexicana. Subía a él con dificultad y se alejaba por entre los viñedos y frutales muy lento, sin apurar jamás el tranco, deteniéndose de vez en cuando ante un grupo de inquilinos para darles

indicaciones con la fusta. El sombrero blanco de Madrazo se veía toda la mañana sobresalir por entre sus viñas.

Al mediodía regresaba por el parque en ruinas. Auristela, la mujer a cargo del hogar, reconocía a distancia el paso acompasado de su cabalgadura y servía el almuerzo. Ella era la única persona que tenía derecho a dormir en la quinta, y esta confianza que Madrazo le otorgaba la hacía sentirse superior entre su gente en la puebla. De noche jamás puso cerrojo a su puerta.

Julián almorzaba solo en el gran comedor de la casa. El piso de esta habitación sonaba a hueco y era imposible salir al corredor por la puerta correspondiente, ya que las abejas habían trasladado allí su colmena. A través de la ventana con barrotes que daba al sur, se veía sobre un montículo una cruz inclinada que los sacerdotes ocupaban en tiempo de misiones. La mesa era ovalada, con muchas sillas de diversos estilos. Las había victorianas en mal estado, una dorada con una lira en el respaldo y rústicas de paja. En el aparador, se exhibían restos de loza y cristalería. Los moldes de dulce de membrillo y el manjar ocupaban dos grandes compoteras inglesas de color blanco con guarda celeste. En el muro frente a la ventana, colgaba un friso de cartón piedra con niños desnudos en relieve jugando al billar y a los dados. De la lámpara inservible de gas pendía una ampolleta esmerilada.

Después del almuerzo, Madrazo dormía la siesta en el escritorio, en un viejo diván de terciopelo azul ubicado junto a la chimenea. Las actividades del día habían concluido.

Tanto la quinta como los fundos y parcelas de la región dependían de Llay-Llay, el pueblo más cercano, donde se detenía el tren expreso. Allí, entre las hileras de coches de alquiler y taxis que aguardaban a la salida de la estación, era frecuente encontrar el carretón de Madrazo. Una especie de carromato circence, sin ventanas laterales y que tiraban dos percherones. El padre de Julián lo había mandado construir en el extranjero, para seguridad de la familia. Su mujer, embarazada de varios meses, sufrió un accidente en uno de esos coches livianos que apodan «cabritas». Volcó ésta y el viejo Madrazo prohibió que en lo sucesivo se utilizara para los viajes esa clase de vehículos. De ahí el origen de ese carretón singular, primitivamente para ser tirado por bueyes. Julián lo modificó para caballos, y tal vez por superstición o

flojera de hacer el trayecto en su cabalgadura, se hacía conducir en ese carramato incómodo y oscuro.

Madrazo iba regularmente al pueblo. Allí tenía su peluquero, doctor, dentista, párroco, compraba las revistas y los diarios, y con reticencia se asomaba al club social. En su juventud, había pertenecido al Rotary y también a la compañía de bomberos. Se lo conocía sobre todo por sus historias de amor. Éstas dieron la vuelta a la plaza, y provocaron desilusiones y tragedias en todos los negocios que allí convergían. El monumento a Manuel Rodríguez, erigido en el centro, desoía tanta queja, apelando al cielo con su sable en un ademán de bronce. Y los amores de Julián Madrazo siguieron calle abajo, llevados por ese viento que no dejaba en paz a los árboles.

Después de la muerte de su madre conoció a Matilde Méric en casa de unos comerciantes muy ricos de origen árabe. La invitó a la quinta, a un picnic, al cine, la acompañó a misa y, mientras caminaban una mañana junto al carretón del que habían descendido para subir a pie la empinada cuesta de Lara, le propuso matrimonio. Matilde, desconcertada, habló de su viudez y de Anselmo. Madrazo, al día siguiente, le envió una bicicleta Philips de regalo con una tarjeta atada al manubrio en que se leía: «Para mi novia».

Una semana antes de la boda, Matilde acudió a casa de Azuelos en busca de su hijo.

—Sin amor, uno no se puede presentar en ninguna parte —aseguraba Madrazo.

También era habitual oírle decir: «Hombre casado, perro amarrado».

En lo sucesivo dejó esta última frase.

La limousine de Azuelos, que iba dando tumbos, alumbrando al pasar las zarzamoras y los cercos, dejando atrás un tierral no acorde con la limpidez de esa noche, viró de golpe y se detuvo enfocando la reja de la quinta.

Anselmo, quien dormía reclinado en el hombro de su madre, despertó. Resultaba insólito ver la reja iluminada de noche. A las luciérnagas únicamente les estaba permitido distraer esas horas. Anselmo fijó su atención en las cabezas de león mordiendo las argollas, y en un listón que decía: «Se prohíbe la entrada a toda persona extraña».

Pavel, cansado de tocar la bocina, descendió del automóvil y se

puso a remecer los barrotes. Desanimado por la falta de respuesta, se quitó la gorra y, pasándose impaciente la mano por el pelo, exclamó:

— ¡Señora, parece que aquí no hay nadie!

Matilde sonrió al observar el contraste entre ese chofer impecable y el mundo que guardaba esa verja.

— Tenga usted calma, ya vendrán.

En efecto, a los pocos minutos, la Auristela, portando una lámpara de parafina que destacaba el blanco de su delantal, vino hacia los visitantes. Demoró en quitar la cadena y el candado. Pavel debió hacer grandes esfuerzos para ayudarle a abrir las dos hojas.

— Sígame — dijo la mujer, y se encaminó con la lámpara en alto rumbo a la casa. El automóvil iba cauteloso tras ella, enfocando toda esa maraña de arbustos y ramas. Anselmo se impresionó por el color profundo de los gigantesos paltos ante los que finalmente se detuvieron. Esos troncos iluminados mostraban en su corteza la acción del tiempo. Más tarde recordaría muchos detalles, pero ninguno como ése.

Madrazo, de pie en los escalones, apoyado en la sirvienta que alumbraba, aguardó a que su futura esposa y su hijastro acudieran a saludarlo. Pavel, que tenía orden de regresar sin tardanza, al presentir que entre él y Julián Madrazo no existiría la menor simpatía, olvidó despedirse y reculó lentamente con el automóvil hasta el camino. Antes de iniciar el retorno se detuvo un instante, sin saber la razón, a observar esa reja desvencijada, a la que por descuido le sucedió lo que jamás en un siglo: quedó toda una noche abierta.

Madrazo había proyectado una boda en grande. Imaginaba su carretón ornado con guirnaldas y rosetones de flores silvestres, que junto con el tractor y el acoplado servirían para trasladar a todos sus inquilinos a Llay-Llay. Ellos, los novios, arrendarían un automóvil descapotable. Vendrían el almirante Azuelos, Rosarito y Fidela, gente de Las Chilcas, Chagres, Morandé, y de los fundos colindantes: también mandaría partes a Olmué, Quillota y Limache. El matrimonio se llevaría a efecto en la parroquia del pueblo, con el señor cura a la cabeza, el que tenía sus años. Cursaría invitaciones al Cuerpo de Bomberos, a los socios del Rotary, a los ingenieros que trabajaban en una fábrica de productos químicos, a su sastre, a la boletera del teatro, a la señorita de la farmacia, al dentista, al peluquero, a los de la fuente de soda Paler-

mo, a sus amigos árabes, al fabricante de artesas, a los socios del club, vecinos, y aun a sus antiguas amantes.

La fiesta tendría lugar en el parque. Remozaría todo aquello. Suspendería las labores del campo para ocupar a los inquilinos en pintar la casa, el pabellón y las bodegas. Sería una fiesta inolvidable. Uniría los troncos con toldos e iluminaría cada árbol con ampolletas de diferentes colores. No tendría problemas en juntar una gran orquesta. Contaba con los músicos municipales, el quinteto de la escuela parroquial y el conjunto de los boys scouts Los Conejos, que tantos favores le debían. ¡Y con mariscos y ópera! La señorita Beatriz, profesora del liceo de niñas, siempre le había prometido cantar las arias más conocidas. Sentaría al piano a algún farmacéutico alemán. Todo estaba previsto.

Anselmo, al escuchar estos proyectos de sobremesa y seguir atento los gestos entusiastas que Madrazo hacía, ora con la fusta, ora con migas de pan que disponía por grupos encima del mantel, exclamó sin advertirlo siquiera:

— ¡Yo voy con mi frac, de etiqueta!

Matilde al mirar a su hijo se echó a reír con tantas ganas que fue necesario recostarla en el diván del escritorio.

La reacción de la futura esposa entristeció a Madrazo. Comprendió su verdadera situación, y para que ésta estuviera más de acuerdo con la realidad, acordó una ceremonia privada en la parroquia. Serían testigos sus amigos árabes, no habría fiesta, y los novios tomarían el tren con destino a Santiago para pasar la luna de miel en el hotel Splendid. Anselmo lo reemplazaría en la quinta, transformándose por unos días en el dueño de casa.

Matilde y Madrazo se casaron un jueves. Temprano vino a recogerlos el automóvil de sus amigos árabes, y Anselmo debió suspender el desayuno.

Matilde lucía extraordinariamente joven, con su traje sastre negro y su boina, a la que cosió un pequeño velo con mostacillas. Llevaba en las manos un misal y algunas camelias. Pensativa miraba el camino y las zarzamoras cubiertas de tierra. Madrazo, mal vestido, incómodo en esa camisa que la Auristela le almidonó al alba, se sofocaba, abriéndose el cuello, desatando el nudo de la elegante corbata de raso.

Anselmo, en el asiento delantero, observaba cómo el chofer

oprimía con torpeza el embrague cada vez que necesitaba cambiar la marcha.

Al llegar a la parroquia advirtieron que los aguardaban algunos conocidos. Una mujer de mediana edad, vestida en forma llamativa, se acercó como por sorpresa a la ventanilla que correspondía a Julián e, introduciendo un brazo regordete muy blanco lleno de pulseras, lo tomó tiernamente de la nuca y lo besó en las mejillas: «Que seas feliz, amor mío», dijo de manera tan estridente que Matilde, disimulando, se dispuso a bajar, ya que el chofer hacía tiempo que le sostenía la puerta. Cuando Madrazo se apeó, lo rodearon algunos camaradas. Intercambiaba con ellos sentidas frases que se silenciaban en largos abrazos, especie de condolencias. Según la confianza que tenía con cada uno, era la duración de éste. Observó Anselmo cuán prolongado fue el que sostuvo con el fabricante de artesas, que por lo demás también lo era de ataúdes.

Mientras los amigos despejaban la puerta, Anselmo miró con codicia unas chucherías que vendían en un mesón cercano a la entrada. Había santos de yeso, ceniceros, láminas, marcos para fotografías, incluso una lámpara eléctrica y, cosa rara, un chinito vestido de seda con cabeza de huevo. Anselmo juntó sus ahorros y, sin que lo descubrieran, no pudo dejar de adquirirlo. Con el chinito bajo la chaqueta, entró en el templo tras los novios y se ubicó en la primera fila de bancas.

La iglesia era de color rosa, con el estuco corrugado imitando una especie de gruta. El cielo raso, dividido por gruesas vigas, encuadraba constelaciones de estrellas y astros desteñidos por las goteras. Todos los arcos que comunicaban con las naves laterales estaban trizados por los temblores. El altar mayor de madera terciada, dorado, lo guardaban dos recogidos ángeles custodios con el alambre de sus alas a la vista.

El señor cura se paró en un deshilachado felpudo que cubría las baldosas ordinarias. La señorita Beatriz, con anteojos oscuros y envuelta en un abrigo de piel de conejo con elásticos en las mangas, tocaba posesionada el armonio. Los vitrales de colores desteñidos transparentaban los naranjos del patio parroquial y la manera violenta como los remecía el viento. Esos tonos pálidos traducían el resplandor del valle.

Entre los novios y el grupo de amigos quedaron muchas bancas desocupadas. El sermón estuvo exclusivamente dirigido a la señorita Beatriz, que a cada mirada del cura bajaba coqueta los párpados. Matilde tenía vergüenza de la marcha nupcial. El trayecto entre el altar y el pórtico hubiera preferido hacerlo por la sacristía. Cuando fueron ben-

decidos, y la ceremonia quedó a cargo de Mendelsohn, que la señorita Beatriz interpretaba a la perfección, Matilde se apoyó con fuerza en su esposo, miró a Anselmo como no lo había hecho nunca y agradeció al cielo ese trecho con bancos que la separaba de los curiosos.

A la salida, los recién casados soportaron puñados de arroz que les arrojaban a la cara. Matilde, en una reacción nerviosa y para desviar la atención, lanzó al público su ramo de camelias, el que fue a dar bajo el mostrador de objetos piadosos para la venta.

Algunos amigos insistieron en festejarlos en el club, pero Madrazo, emocionado, se limitaba a disentir moviendo lentamente la cabeza.

En la estación, Matilde, inclinada junto a su hijo, le hizo como de costumbre muchas recomendaciones. Una vez que el andén estuvo desierto, Rómulo, el campero, lo acompañó hasta el carretón. Revisó la lanza, las hebillas de los tiros y los arneses. En el interior, Anselmo sentó al chinito a su lado, e hicieron todo el camino de regreso conversando. Rómulo, quien desde el pescante lo escuchaba, pensaba en historias de aparecidos y, para no oír, fustigaba a las bestias, haciendo restallar el látigo en el viento.

2.

Contrariamente a lo que supusieron los esposos Azuelos, Fidela, Pavel e incluso Matilde, el más beneficiado con este enlace fue Anselmo. Madrazo le cobró desde el primer momento un afecto entrañable. Hubo entre ellos esa avenencia gratuita que se da entre dos personas, sin que ésta responda a un interés particular.

—Cuando se quiere a alguien, uno se lo perdona todo —afirmaba Julián, enternecido ante su hijastro.

Lo llamaba «compadre», y este apelativo se oía de norte a sur, de este a oeste del parque y las viñas. Dictaminó que Anselmo no tenía edad aún, a los nueve años, para ir al internado de los jesuitas en Santiago, y que tampoco su condición le permitía asistir a la escuela parroquial de Llay-Llay, por lo que permanecería todo el año en la quinta y recibiría clases particulares de la señorita Beatriz.

Dos veces por semana llegaba hasta la reja el coche de punto, negro y polvoriento, con gran sonajera de cristales, que traía a dicha profesora. El cochero hacía bocina con las manos para pedir que le abrieran, en tanto Madrazo, quien no se separaba de Anselmo, recostado en

el diván y enseñándole su juego preferido, levantaba la cabeza y poniéndose un dedo en los labios, le indicaba que se hicieran los desentendidos. Incluso cuando escuchaban el coche avanzar por entre los árboles, corrían a ocultarse tras la puerta del comedor. Julián contenía la risa, mientras Matilde y la Auristela los buscaban por la casa.

— ¿Para qué tanto estudio? A mí no me tendrás siempre; en cambio para aprender a leer te sobrará tiempo... —le susurraba.

La señorita Beatriz, enfundada en su abrigo de piel y provista de sus lentes, aguardaba pacientemente en la galería.

Julián y su hijastro se lo pasaban horas entretenidos en ese inverosímil juego que apodaban «la historia». Consistía en adivinar el nombre de un personaje célebre con sólo diez preguntas. El niño, que como lector asiduo de la revista *El Peneca* conocía algunas biografías, podía competir con los conocimientos rudimentarios de Madrazo. Ambos caían en grandes contradicciones al ubicar mal a algún hombre ilustre, haciendo al contrincante jugar todo el acertijo sobre datos falsos. Estas confusiones de épocas y fechas, en vez de desanimarlos los estimulaba, obligándoles a verificar aquello en una vieja enciclopedia, que les aclaraba errores y enseñaba un poco. Las discusiones eran parte del juego y éste podía durar hasta una semana. Madrazo, molesto un día por no tener ya situado a su personaje, habiendo hecho uso de ocho de las diez preguntas, no se atrevió a formular las restantes y partió a sus deberes con el ceño fruncido. A Anselmo le entraron dudas sobre los datos y acudía constantemente al escritorio para poder responder con acierto. Julián, en la lechería, después de muchas cavilaciones entre hileras de vacas con el rabo atado a las patas y al son de chorros intermitentes, se asomó a la puerta y gritó a voz en cuello hacia el parque:

— ¿Napoleón?

— ¡No! —respondió con júbilo Anselmo, al comprobar que su contrincante desperdiciaba la novena oportunidad y se perdía aún más en sus conjeturas.

Rómulo, las lecheras, Matilde y la Auristela no entendían nada.

Una tarde en que Anselmo tenía clases y Madrazo lo retenía en el escritorio, la señorita Beatriz, molesta por la poca consideración que tanto el padrastro como el pupilo mostraban por las lecciones, se dirigió al teléfono que había en el corredor, y luego de hacerlo sonar con estridencia al dar vueltas a la manivela, pidió a la telefonista del pueblo que le enviara a la brevedad un coche de alquiler.

— ¡Señorita Beatriz! —exclamó Julián, quien había escuchado la

conversación —. No debe tomarlo así. Le prometo que no teníamos idea de que usted aguardaba en la galería.

La profesora, envuelta en su abrigo que le llegaba a los tobillos, los miró con odio tras los lentes oscuros:

— ¡Señor Madrazo!, usted sabía perfectamente...

— ¡Un momento, que yo no miento! — y acercándose a la maestra la condujo respetuosamente de un brazo al escritorio.

Cuando pasaron junto a Anselmo, éste percibió un fuerte perfume. Recordó esas botellas en forma de pequeños tubos de ensayo con tapón de goma que vendían en la farmacia.

— Usted debería aprender el juego de «la historia». No sabe lo que se pierde. ¿Maneja con facilidad la enciclopedia?

Aterrada, la pobre mujer, el oído atento al crujir suave de las ruedas del coche por el parque, dilataba el interrogatorio.

— La historia es sumamente interesante, señor.

— Ya lo creo, mire usted, se trata de adivinar en sólo diez preguntas el nombre de un personaje célebre.

— Ahí está el coche — gritó Anselmo antes de que Madrazo consiguiera un tercer aficionado para su juego favorito.

Con motivo de la Navidad, la señorita Beatriz les envió una tarjeta que decía: «Queridos amiguitos: espero que para estas fiestas lo sigan pasando bien».

Madrazo, luego de reír a carcajadas, exclamó:

— Anselmo, ya ves, después de todo, aprendes más conmigo.

Madrazo le enseñó a asistir a las gallinas cuando el polluelo pico-tea la cáscara para salir fuera. Sentado en el gallinero, provisto de un delantal de hule, iba sacándolos del huevo. Personalmente vigilaba el alimento de las aves, mezclando el maicillo con los otros ingredientes en los azafates de fierro enlozado. Construía las lagunas artificiales de los patos. Criaba palomas, dándole indicaciones muy precisas al carpintero para la ubicación de los palomares.

— Traen mala suerte — comentaba Anselmo para hacerlo reaccionar.

— Sólo las blancas — respondía — y yo no tengo ninguna. Es como los peces, que no se pueden tener en redomas, pero en pileta no hay problema.

Cuando encontraba algún pájaro herido o uno nuevo, lo llevaba

a la cocina y lo alimentaba con tanto esmero como si se tratara de un niño. Revisaba a diario las chancheras y se enorgullecía de que las de la quinta fueran pavimentadas y provistas de agua potable. Al muchacho que estaba al cuidado de los cerdos lo apodaba «Pocholo», y tenía la misma edad de Anselmo.

—Pocholo, dame el escobillón —pedía Madrazo, y entre gruñidos ensordecedores raspaba esos pisos. Luego los tres vertían en las bateas el gluten y las sobras.

Los perros seguían a Madrazo a todas partes, y aunque apreciaba a los de raza, sentía debilidad por los otros. Entre Julián y su colección de perros heterogéneos existía una relación de viejos socios de club. Al acariciarlos con cierta brusquedad, dejaba establecido que se trataba de machos adultos, con conocimiento de la vida, amoríos, vicios, pendencias y todo aquello que hace que dos hombres de mundo se aprecien, pero no lleguen jamás a intimar.

Junto al gallinero criaba conejos. Pocholo y Anselmo iban por las tardes a cortar pasto e hinojo.

Entre sus perros, Madrazo poseía dos perdigueros, uno manchado de blanco y negro y otro café, con los que cazaba. Pero nunca en compañía de los niños, sino que con sus amigos árabes, los que habían colocado un potente reflector en el automóvil para encandilar a las liebres. A veces, Madrazo estudiaba los problemas de la lechería en revistas y libros editados en la zona. Revisaba a las vacas, introduciéndoles un brazo en el ano como si se tratara de un armario. Ellas, impasibles, rumiaban atadas al bebedero.

Odiaba los gatos. Anselmo fue testigo de ese desafecto de Julián por los felinos la vez que la Auristela, compadecida con uno pequeño que encontró en la leñera, lo dejó vivir en la cocina.

—No me gustan los gatos —murmuraba Madrazo, cuando por las mañanas lo veía jugar graciosamente bajo los primeros rayos que filtraba la ventana.

—Son traidores —insistía.

Incluso mientras untaba su pan amasado en el tazón de café, mirando fijo a la Auristela, azuzaba a los perros:

—¡Capitán, Bob, cómete el gato!

Éstos, olfateando a ras de la baldosas, introducían sus hocicos bajo la enorme cocina a leña. Engrifado en la oscuridad, el pobre animal emitía ese ruido característico que hacía redoblar la ansiedad canina. Cuando se supo que el gato padecía de tiña y que la cocinera mos-

traba una costra en la cabeza, y que ese famoso medicamento llamado «sudor de hacha» no hacía efecto, Madrazo, sin decir palabra, se dirigió al escritorio, cargó su escopeta, fue en busca del gato, al que tomó como quien coge un estropajo, lo puso sobre los troncos de la lavandería y antes de que Anselmo llegara a la puerta, un estampido y una nube de pólvora cubrieron al cazador y a su víctima. Madrazo, de regreso, iba arrastrando el arma con la satisfacción del deber cumplido. En el escritorio la colocó sobre la chimenea, y no hizo el menor caso al griterío que provocaron su hijastro y las mujeres.

— Hay momentos en que la vida no vale nada — solía maldecir la Auristela. El tedio se dejaba sentir durante la siesta. El viento, en espera del atardecer, no enviaba ni una brisa en su reemplazo. Era la hora en que Julián, recostado en su diván, las persianas herméticamente cerradas, dormía.

Anselmo, en la bodega, observaba cómo llenaban con trigo los barriles destinados al consumo de la casa; o en la cocina, el lento hervor de las mermeladas para el invierno. Una vez por semana degollaban un cordero, que colgado del parrón destilaba su sangre en un recipiente. En el corral, junto al silo, los inquilinos se divertían en cruzar el toro con vaquillas. Las ataban a una estaca y a palos obligaban al macho a cubrirlas. Éste, luego de olfatearlas, subía con torpeza sobre ellas, que apenas resistían su peso, mugiendo de dolor.

Cuando llovía, se acostumbraba a jugar a las bolitas bajo el alero del corredor. Madrazo competía con los trabajadores, y era tal su concentración que olvidaba su rango, y desde lejos se escuchaba su risa y sus gritos. Siempre había que separarlo de algún peón al que maltrataba por supuestas trampas.

Matilde Méric trajo innovaciones a la quinta, y su actividad fue borrando el recuerdo de su suegra. Muy de mañana, recorría las pueblas vestida de enfermera, para asistir a los más indigentes. En todas partes la requerían, y era habitual encontrarla regresando de noche. Curaba heridas, recetaba antibióticos, ponía inyecciones e incluso practicaba operaciones sencillas. También solían traerle gente accidentada a la casa.

De humor tan liviano como sus movimientos, era graciosa y femenina. Una de aquellas mujeres que se sienten orgullosas de serlo y que, al entregarse a un hombre, desarrollan las múltiples actividades que la falta de libertad permite. Feliz, secretamente romántica, se creía

muy apasionada, pero, en realidad, ese raro estado en ella se volvía ternura. Cuando le traían un herido mostraba gran serenidad, y con voz dulce pero al mismo tiempo firme, daba ánimos al enfermo. Mientras los curiosos volvían el rostro para no ver la operación, Matilde hablando todo el tiempo de asuntos ajenos al hecho mismo, trabajaba en esas carnes desgarradas como quien lo hace sobre un bastidor de costura.

Contaba cuentos a los niños. El atardecer dejaba en la oscuridad un sinnúmero de pequeños ojos atentos y una voz que hilvanaba una tras otra las historias. Al finalizar, los niños la cogían de la falda implorándole una nueva. Cuando se desplazaba por el corredor lo hacía dando pasos de danza; en realidad tenía aspecto de bailarina. Cantando y bailando la sorprendía Madrazo, a quien indignaba aquello.

— ¡Basta, Matilde!

— Pero Julián... bailar, ¿qué tiene de malo?

— ¡No me gustan las piruetas!

Matilde se volvía hacia Anselmo y le guiñaba un ojo.

Tenía orgullo de su hijo. Lo trataba con respeto e intentaba no interferir en sus decisiones. Cuando veía que Anselmo incurría en algún error, se las arreglaba para hacérselo ver sin ofenderlo. Era una mujer para servir a los hombres. Amaba las labores de su casa, y desde el primer día que habitó en la quinta, puso en el corredor una mesa de juego cubierta por un mantel con sus libros y costuras, símbolo de que allí había un hogar.

Madrazo le dio a conocer a Anselmo el nombre de las estrellas. Mientras recorrían de noche las viñas, revisando los cercos y el agua, le mostraba la Cruz del Sur, Venus, Marte y la Vía Láctea. Le habló de la insignificancia de la Tierra, y el niño, una vez en cama, se tomaba de las rodillas aterrado ante la idea del viaje constante de nuestro planeta por el firmamento. Aprendió que nada es estable y todo está en perpetuo cambio. Y pensó en la muerte.

Cavilación que coincidió con el fin de uno de los perdigueros de Madrazo. Agonizó éste una semana bajo el naranjo que había junto al gallinero. Los esfuerzos de Matilde por salvarlo fueron vanos. Se trataba de una enfermedad incurable, y el perro, vomitando pus y gusanos, respiraba con dificultad. Mientras Anselmo lo observaba, junto al ruedo de los otros niños, sintió el brazo de Julián, que lo tomó cariñoso por los hombros y lo apartó de aquel espectáculo.

— Va a morir — comentó Anselmo, mirando consternado el suelo.

— Así es.

— Dice Pocholo que los perros no van al cielo, ¿es cierto?

Y Madrazo consolándolo, le habló:

— No debes estar triste, los que mueren viven para siempre en nuestro recuerdo.

Nunca dejaría de pensar en esa frase de su padrastro, aparentemente tan hueca.

Al año siguiente, Julián y Matilde decidieron enviarlo interno al colegio de la Compañía de Jesús en Santiago.

Matilde quiso tener una casa en la capital, cerca del internado, para repartir su tiempo entre esos dos hombres que tanto amaba. Madrazo accedió a sus ruegos y le alquiló una casa sin verla. El dueño de la propiedad insistió en que Julián debía examinarla, pero éste se negó a entrar en ella.

— ¡No he venido a ver elegancias! — dijo.

De vuelta en la quinta, explicó malicioso:

— Matilde, te arrendé una casa por fuera.

Esto hizo que la señora desistiera de tomarla, permaneciendo todo el año junto a su esposo.

Anselmo vendría para las vacaciones.

Al aproximarse la fecha de la partida, el niño volvió a escuchar el ruido de los trenes, con la misma intensidad que cuando llegó. Otra vez esos carros le quitaron el sueño y, en su desvelo, trataba de distinguir los que se dirigían al puerto de los que iban a la capital.

Pensó en la reja, en el cochero de la señorita Beatriz, que, aferrado a los barrotes y gritando que le abrieran, parecía un prisionero en plena libertad.

Recordó a Madrazo jugando interminables horas con sólo diez preguntas, y acudieron a sus oídos sus palabras mezcladas al bullicio de esos vagones y del viento: «¿Para qué tanto estudio? A mí no me tendrás siempre; en cambio para aprender a leer...».

Y Anselmo, fijando la vista en el cielo raso, musitó en voz baja:

— Ésta es mi casa — y se le llenaron los ojos de lágrimas.

En el invierno de 1948, Anselmo Méric vino a pasar las vacaciones a la quinta. Los inquilinos, y sobre todo Pocholo, se sentían ofuscados al ver que el niño que hacía ocho años compartía con ellos sus juegos y el aseo de las conejeras era hoy un joven apuesto. Al verlo avanzar por entre los árboles del brazo de su madre, bajaban la vista y le alargaban una mano indecisa. Anselmo los interrogaba sobre sus quehaceres y familiares. Pero lo importante no eran esas breves frases que intercambiaban, sino el diálogo mudo que mantenían con los ojos. Anselmo y Pocholo no comprendieron sino hasta muy tarde que su diferente condición social los obligaría a separarse. Pocholo tuvo antes conciencia del problema, y valoró cada verano la amistad de su compañero, pensando que esos meses serían tal vez los últimos de esta relación. En Anselmo, conoció Pocholo su propia realidad y viceversa. Más tarde el hijastro de Madrazo fue el patrón de su amigo y ambos mantuvieron por obligación un diálogo distante y aparentemente frío que permitió el rendimiento de las viñas. Nunca hablaron de lo personal y sólo supieron de sus respectivas vidas a través de terceros. Cuando estaban frente a frente, uno para ordenar y el otro para obedecer, lo hacían como dos desconocidos, aunque sus miradas traicionaban aquella obligada conducta.

Anselmo era de mediana estatura, más bien delgado, de ademanes desenvueltos como su madre. Con encanto natural y elegancia. El pelo muy oscuro y lacio enmarcaba su rostro pálido, donde los ojos inquietos y un bigotillo incipiente contrastaban con la nariz fuerte y el mentón varonil.

Madrazo, enfermo, había envejecido, y Matilde ya no era la mujer inquieta de antes, aun cuando se esforzaba por levantar el ánimo a los suyos y recorría como siempre los campos con su botiquín, o se rodeaba de niños de inquilinos para narrarles historias. Pero se notaba el esfuerzo que hacía, y tras sus frases de aliento su mente estaba lejos en quién sabe qué problemas. Por las noches, el llanto la liberaba y unía a sus secretos. Lloraba como lo hacen los adolescentes, de noche, sin motivo, tal vez para acostumar el corazón a las sorpresas.

Madrazo ya no jugaba a «la historia». Se entretenía en revivir sus propios cuentos, al escuchar los que Anselmo hacía referente al colegio.

—No olvides, compadre, que el colegio es duro, pero es a la vez la etapa más feliz del hombre. En ella no hay responsabilidades.

Anselmo no lo contradecía. Sentado junto a él, le tomaba la mano e iba nombrándole sus profesores y maestrillos, que también habían sido los de su padrastro. Y Madrazo relacionaba todo eso con su madre, la evocaba con nostalgia y remordimiento:

— ¿Vive aún el padre Godo?

— Sí. Es quien está a cargo de la portería.

— En mis tiempos era el ecónomo del colegio, y cuando mi pobre madre venía a buscarme los fines de semana y yo le decía: «Mamá, ese que está tras la ventanilla es el padre Godo», ella indignada respondía: «Por Dios, Julián, te prohíbo que le digas así al padre».

Las carcajadas de Madrazo inquietaban a sus perros y a Matilde.

— ¿Existe aún el hermano Ciprés?

— ¿El de la enfermería?

— Ese mismo.

— Sí.

— Cuando yo era alumno, y nos dolía el estómago o la cabeza como me duelen ahora, nos daba una pastilla que sacaba de un enorme frasco, y luego recetaba (Anselmo y Matilde coreaban la conocida frase): «Toma esta oblea y no te pongas ni al sol ni a la sombra».

Ese invierno las lluvias fueron torrenciales y el viento no cesó en su afán destructor. Se vinieron al suelo dos grandes álamos, las goteras inutilizaron el comedor y los dormitorios, y en el parque el estero se desbordó formando una poza que cubrió la pila. Cuando escampaba, rápidamente el viento despejaba el cielo. Y al amanecer, los charcos se volvían extensas superficies de hielo. Los troncos empapados sugerían un espectáculo triste, como las mantas de Castilla de los inquilinos.

Madrazo, quien permanecía todo el día en el escritorio junto a la chimenea, suspendió sus faenas y trasladó la mesa del comedor a la cocina.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando se escucharon gritos de un cochero que pedía que le abrieran. La lluvia caía torrencial en ese momento, y Madrazo, extrañado porque no esperaba visitas, se levantó de su diván, y limpiando el vidrio con el reverso de la manga, escudriñó a través del temporal.

En el momento en que Anselmo se disponía a averiguar, la Auristela apareció en el umbral de la puerta:

— Hay un coche en la reja.

Anselmo y la sirvienta, protegidos por un enorme paraguas y eludiendo las pozas, acudieron a abrir al visitante. Cuando se aproximaban, el joven, al levantar repentinamente la cabeza, sintió un fuerte vuelco del corazón, lo que le impidió avanzar, obligándole a apoyarse en el brazo de la Auristela, quien también se detuvo. Bajo la lluvia y tras los barrotes, la silueta negra del coche y los caballos destilando lo aterraron. El agua rebotaba con fuerza sobre el techo del carruaje. El cochero, desde el pescante, habló sin mirarlos:

—Buscan a don Julián.

Se distinguía una vaga silueta tras el cristal de la portezuela.

Anselmo se volvió consternado hacia la casa, y corrió. Cuando entró en el escritorio, su madre le salió al encuentro llorando. Madrazo, muerto, parecía dormir en su diván.

Noviembre 1973 - Mayo 1975



Adolfo Couve

Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

